

Entre cien, citaremos a Claudio Bernard, que dice: "Lo que se llama el estado normal es una pura concepción del espíritu, una forma típica ideal enteramente separada de las mil divergencias, entre las cuales flota incesantemente el organismo en medio de sus funciones alternantes e intermitentes." Griesinger, que afirma: el dilema "Este hombre es loco o no lo es", no tiene sentido en muchos casos. Y a Ribot, que escribe: "La distinción de sano y morbo es a menudo muy difícil"; y en otro lado agrega: "Todo carácter es una hipertrofia o una atrofia", lo que puede generalizarse diciendo: todo organismo humano peca por defecto o por exceso, está desviado por atrofia o por hipertrofia de la forma típica ideal, que se reduce a una concepción pura del espíritu sin valor alguno en la realidad.

Pero la infusa ciencia de gobernar, de estrujar a los pueblos, resuelve ufana el problema de un solo **coup de sabre** en el preciso momento en que cada uno, después de una lectura medianamente asidua, examinándose a sí mismo, no deja de reconocerse algo de degenerado, algo de loco, algo de genio, algo de delincuente, porque en cada uno están dadas a un mismo tiempo todas "las tendencias buenas y malas, tendencias latentes que pueden dormir toda la vida, pero que también pueden ser despertadas por un acontecimiento fortuito", y es, por consiguiente, la obra de las circunstancias, del ambiente, de la educación, del desenvolvimiento total, eso que, según la terminología corriente, se llama honradez y crimen. (1)

En este mismo punto aparece también la coacción moral dirigida según las ideas y los sentimientos predominantes.

Al que mata centenares de hombres en el campo de batalla, se le levantan estatuas, mientras que al que en un arranque de ira irreprimi-

ble mata a un solo semejante, se le envía al patíbulo. La coacción moral está aquí inspirada, de un lado, por la idea egoísta de la patria y por los instintos guerreros; y de otro lado por el sentimiento y la educación de la represalia: diente por diente, ojo por ojo.

De modo análogo se tacha al que roba un panecillo como delincuente y se glorifica al que se apodera de una extensión territorial chica o grande, despojando de vidas y haciendas a sus habitantes. Y aun en parte el desprecio público cae más fuertemente sobre el que roba que sobre el que mata, pues para éste en muchos casos se hallan fáciles explicaciones; pero para aquél, el brutal egoísmo de la propiedad no tiene compasión ni excusa. Somos como algunas tribus salvajes que no consideran depresivo el derramamiento de sangre y aun lo enaltecen, al igual que nosotros, en los casos de adulterio y de ofensas personales, y castigan en cambio cruelmente las más nimias contradicciones a sus prejuicios bárbaros.

De estas aberraciones sociales pudiéramos citar muchas. Supla el lector lo que callamos, en gracia a la brevedad.

Afirmamos, en fin, que es una utopía la responsabilidad moral, porque los hombres delinquen o por fatalismo orgánico o por fatalismo del medio o por una desdichada conjunción de ambos.

Sin duda no fundamos nuestro juicio en las dogmáticas ejecutorias del materialismo a **outrance**.

No importa a nuestra tesis saber si, en absoluto, el hombre goza o no de libre albedrío. A pesar de las innumerables pruebas científicas de que el cerebro, la vida afectiva, el organismo en su totalidad, y en sus diversas partes, obedecen a causas determinadas—conocidas o no—que tienen su asiento en la naturaleza ambiente; no obstante todas las pruebas en favor del determinismo de las acciones, dijérase que

(1) Acerca de este punto y acerca de otros, no pensamos como el señor Mella.—E. J. R.